

# Lo subversivo del cuerpo, cuando se entiende como una globalidad

A menudo sucede que tenemos ciertas palabras delante y que justo por tenerlas apenas nos fijamos en su enorme sentido y calado semántico, precisamente por disponer de ellas demasiado delante hasta el hábito de repetir las mecánicamente.

Algo de todo esto sucede cuando en diversos ámbitos planteamos el concepto de *globalidad* aplicada al cuerpo. Globalidad, ya se ha dicho, no es la totalidad, es decir, el sumatorio evolutivo de los elementos *afectivos, cognitivos, neuromotores y sociales* aplicados a un sujeto. Globalidad tampoco es el intento de integrar los todos en una supuesta *unidad inamovible y ensimismada*. Cuando hablamos de globalidad del cuerpo tenemos que referirnos al sistema de relaciones, posibles e imposibles, que se van estableciendo a lo largo de la vida entre los diversos elementos que intervienen en la subjetividad. Por eso esta globalidad fundante es siempre *provisional, transitoria y limitada*, pero sobre todo es siempre *particular, singular*. De ahí que si nuestro cuerpo en tanto faltante es *deseante y pulsional*, por otra parte nuestra relación con

el cuerpo *va cambiando, modificándose* a lo largo de la vida. Podemos decir entonces, que nuestro recorrido vital consiste realmente en cómo fueron articulándose y oscilando de valor los diversos aspectos que la componen. La consecuencia más inmediata, que no por sabida deja siempre de insistir, es que no hay ni habrá *dos cuerpos propios, sujetos, humanos iguales*; pero por lo mismo, *no hay ni habrá una ciencia del Cuerpo, por mucho que sí que haya una ciencia del organismo humano*.

Todos recordamos bien que si había un denominador común en los celebrados seminarios del profesor Aucouturier era el de “poner en el centro a la persona, a la historia profunda de su cuerpo”.

A partir de lo dicho, resulta interesante revisar el alcance semántico que implican estas aseveraciones, máxime cuando a diario se comprueba la sorpresa, las resonancias, incluso las resistencias personales que se dan cuando se ponen a conversar las implicaciones éticas, filosóficas y epistémicas de este concepto. En ese momento es cuando constatamos el alcance enor-

**José Ángel Rodríguez Ribas**

Médico.  
Psicoanalista.  
Psicomotricista.  
Doctor en Psiquiatría.  
Formador de la PPA en la Universidad Camilo José Cela de Málaga

**Subversiva también resulta la globalidad en el ámbito educativo.**

**Nuestra práctica, vivencial y relacional, cree firmemente en la experiencia y en la transmisión como motores de cambio subjetivo y de aprendizaje.**

memente subversivo que supone *actuar e intervenir en coherencia*, en una época caracterizada precisamente por su gran precariedad y fragilidad en la manera de habitar los cuerpos.

Si en algún momento se muestra el alcance problematizador de este concepto, es en el ámbito sanitario, en concreto bajo las nociones de *trastorno y el de salud*. El segundo, porque nadie puede dar cuenta de lo que sería un criterio universalizante de *normalidad*. Canguilhem, Bachelard y Foucault dedicaron parte de su obra a esto. Y el primero, porque un trastorno por sí mismo, en tanto desarreglo de algún tipo de comportamiento cuantificado nunca termina por definir la raíz del problema y mucho menos distinguir lo específico de la persona en las relaciones con su cuerpo. De ahí que, si bien los trastornos diagnosticados y sus clasificaciones (DSM) hay que tenerlos bien en cuenta, *mejor no olvidar que quien tiene la última palabra es el sujeto y la historia* de sus malestares somáticos.

Subversiva también resulta la globalidad en el ámbito educativo. Porque si bien la educación propone la adaptación del sujeto a su medio a partir de la adquisición de los más variados tipos de códigos, lenguajes y conocimientos, la globalidad de la persona pone en cuestión numerosos presupuestos académicos y didácticos como pueden ser las *competencias*, las *habilidades*, los *objetivos*, incluso otros como *inclusión, maduración, evolución, modificación, evaluación o inserción*, etc. Nuestra práctica, vivencial y relacional, cree firmemente en la experiencia y en la transmi-

sión como motores de cambio subjetivo y de aprendizaje. Y no queda nada claro que nuestra Escuela, actualmente, esté en disposición de (querer) aportar dichos elementos constitutivos y constructores de sujetos autónomos y razonables.

Por último, la globalidad cuestiona otros tantos lugares comunes a nivel social. La radical globalidad de cada individuo interroga sin concesiones los modelos y los roles universales imitativos que se proponen a los sujetos. Y pregunta seriamente por los mitos y narraciones dadas por sabidas, como si el itinerario vital de cada quien ya tuviera por qué estar predeterminado. En este sentido la *globalidad es un gran destructor de numerosos ideales colectivos*.

Son entonces conceptos como *deseo, fantasmas, pulsionalidad, sensoriomotricidad, resonancias, responsabilidad, experiencia, síntoma, angustias, vivencia, afectos, acuerdos, concertación, ajuste, invención*, y tantos más, derivados de nuestra globalidad constituyente y constituida, los que revelan todo el sugerente poder provocador y movilizador de nuestra propuesta.

Es por ello por lo que la psicomotricidad es una práctica y una teoría que en su mismo código genético, en sus fundamentos éticos u epistémicos, tiene por misión *facilitar y animar a embarcarse e implicarse en profundos procesos de transformación y emancipación*: lo cual podemos observar de continuo en la radicalidad de sus alcances tanto personales como sociales, incluso, políticos. De los que tan necesitados estamos.